

EN ESTA HORA GRIS DE LA INDECISION

Tras el viacrucis doloroso, nuestro pueblo se alzó en gesto unánime y escribió con hidalguía la mayúscula uncial de un nuevo capítulo de nuestra historia, miniada con sangre e iluminada con el quijotismo temerario del ideal democrático. Después ha seguido un hora de gris incertidumbre. Tras el radiante mediodía la hora incierta del atardecer, en que el sol se rompe en polvo de luz, cegadora e iluminadora a la vez. Esperábamos más... El pueblo comienza a sentirse insatisfecho. Los que mandan hacen la impresión, en lenguaje homérico, del jabalí acorralado por la jauría gritona y ladradora de los perros. A veces se detienen y encaran el peligro. Otras veces desalentados prosiguen la marcha mordidos por la cuerda de sabuesos. La prensa, los políticos, los líderes sindicales, los perezjimenistas... Hasta los mismos sacerdotes nos sentimos en la urgencia de ladrar y aún de morder. Alguien, con sano sentido de la realidad sociológica, acaba de decir que Venezuela es un enfermo del corazón, un cardíaco, que tenía un flux viejo y maloliente. Le han puesto otro nuevecito pero el enfermo sigue igual. Yo diría más. Se llevó el flux a la lavandería y a la tintorería, vino renovado, pero pronto aparecieron las manchas anteriores, pertinaces. Yo no he perdido la esperanza. Yo creo que nuestro Vanguard entró en la órbita, y no es el cohete quemado caído sobre el desierto.

Yo creo que el corazón está sano y late normalmente y que la cabeza está bien plantada sobre los hombros, pero adolecemos de los pies, de las manos, de los ojos y sobre todo de la lengua.

En vez de un régimen de firmeza para salvaguardar la democracia nos encontramos con un régimen de sonrisas, y de palmaditas a la espalda. Han pasado ya tres meses largos de democracia, y apenas aflora la matica de las realizaciones prácticas. El Partido Comunista reunido en su XV Pleno, supo encajar la pelota en el cesto

cuando en el capítulo V y en el número 2 se enfrenta así con el problema.

"2. — Atender con medidas de emergencia, a las más urgentes necesidades de las masas, enfrentándose a los problemas de la vivienda, del desempleo, los salarios, la educación. Estos problemas deben enfrentarse con el criterio de buscar paliativos inmediatos que mejoren las condiciones de la vida... No basta, por ejemplo, con desear buenas relaciones obrero-patronales, sino que hay que dar salidas, aunque sean parciales, a los agudos problemas presentes"...

El pueblo no reacciona muy entusiasmado ante los programas políticos, cualesquiera que sean. Tantas veces lo han defraudado con el lenguaje florido de las promesas... Después de la cirugía terrible de la revolución tardó mucho en reaccionar. Una anécdota personal: Ante la flojera invencible de los habitantes de un numeroso barrio capitalino con la que chocaba la decisión de un pequeño grupo de hombres de buena voluntad les incité al trabajo personal. No mendiguemos del gobierno lo que podemos conquistar con nuestro esfuerzo. Para decidirles al trabajo personal les anuncié que a las 3 p. m. del sábado yo mismo estaría con ellos, pico y pala, y en el tajo. Cuando me presenté equipado para ello, apesar de la acogida triunfal de la idea, nadie me esperaba, y desilusionado, después de infructuosa búsqueda tuve que retirarme. Con todo ante la decisión inquebrantable de la Junta de Fomento y la respuesta generosa de las Autoridades cuajada en una espléndida realidad de mejoras (carreteras, cloacas, escalinatas...), el denso barrio obrero despertó alentado.

Antes que resolver difíciles ecuaciones y prolongarse en el esfuerzo suntuario de la dictadura, volcando el tesoro en dorar las obras inacabadas del "Nuevo Ideal Nacional", hay que resolver las necesidades primarias del pueblo y demostrarle desde ahora que se está haciendo. Planificar haciendo.

Estudiemos en concreto, sin demasiados detalles, el problema de la vivienda popular. Nos hubiera satisfecho el haber entonado ya la oración fúnebre del superbloque. El informe mastodonte de concreto en vez de resolver el problema lo revuelve. Es un

factor negativo en esta hora bajo el punto de vista social, moral y aún higiénico. Se anunció la construcción de nuevos superbloques. Iba a ser el "nunc dimittis" de los gigantes ante la nueva era del pueblo. Y nosotros lanzamos en "SIC" (marzo) nuestro grito de alarma: "¿MAS SUPERBLOQUES OBREROS?". Sospechamos que la idea quedó sepultada. Tras el reflejo de luz nueva del 23 de enero nos encontramos con una Caracas más limpia, más alegre, pero más desaliñada.

Entre otras cosas los cerros se poblaron de ranchos. Cada mañana amanecía una nueva urbanización de ranchos escalando audaces los cerros. Misteriosamente, como consigna secreta, se oía la voz del pueblo en mil formas. "Los cerros son de nosotros, del pueblo". Se destacaban agrupaciones de la guardia nacional que derrumbaban ranchos en un sector. Los soldados no se atrevían a actuar si encontraban resistencia. Los ranchos destruidos se transplantaban a otra parte. Y en ese constante flujo y reflujo de hacer y deshacer, más de cinco mil nuevos ranchos desfiguraron la topografía de Caracas. ¿Qué se pudo haber hecho? A la voz de que en Caracas se pagaba a los obreros 9 bolívares, millares de campesinos invadieron la ciudad. Esa cantidad para ellos tenía la ilusión del Dorado. ¿Cómo sería su vida en el campo! Ordenes y contra órdenes en algarabía múltiple, y no se hacía nada. Y tras el ejemplo que Caracas dió, Los Teques, Maracay, Valencia, Barquisimeto, Maracaibo..., dilataban su mapa en la incontenible marea de los ranchos. Y con los campesinos empujados casi desesperadamente por la miseria a la ciudad y los millares de personas que, por ejemplo, en Caracas, desalojó la dictadura de los cerros para construir los superbloques y se lanzaban en afán justiciero a arrebatar su pedacito de tierra, se mezcló la turba parásita de los aprovechados ricos y pobres, que asieron la ocasión de comerciar y se creyeron capaces de emular en pequeño las gestas de los especuladores. Hubo "despierto" que hizo construir cinco ranchos, y a los cinco le puso su alquiler. Otros repartían en diversos ranchos a sus hijos, o alquilaban "familiares" para el efecto de ocupar los ranchos. ¿Por qué no se impidió la entrada en la ciudad de la masa migratoria campesina, y

se les solucionó al punto el problema de vivir? Muchos elementos, y no todos perezjimenistas, fomentaban el éxodo con el fin de crear problemas a las autoridades. Un día, por ejemplo, Los Teques apareció con su periferia inundada de ranchos. Centenares de familias campesinas azuzadas por dirigentes de cierto partido político y fascinadas por promesas ilusorias de trabajo habían abandonado sus conucos. A muchos de ellos hasta les habían pagado el viaje y la mudanza.

¿Soluciones? En Caracas se han encontrado tres, por lo menos, pero todas ellas de notoria insuficiencia: las barracas, el campo, e ir integrando a las familias sin techo en la periferia de la ciudad. Sobre las barracas y sus condiciones para ubicar en ellas a las familias humildes de nuestros barrios es preferible, en estas circunstancias, echar un tupido velo de discreción. Un conocido comentarista, al referirse a las del Tazón, en las proximidades de El Valle, las estigmatizó en un editorial de prensa con este nombre: "El infierno de las barracas". Yo mismo, entre mis vivencias de estos meses, guardo triste e imborrable recuerdo de una visita que hice a las barracas del Tazón, al frente de una comisión de unos 50 "sin techo". A duras penas pude calmar los ánimos excitados de mi gente ante los espectáculos de dolor y miseria que de ninguna forma querían compartir. "Antes vivir al aire libre, o debajo de un puente"... me decían, y no les faltaba razón. Las barracas, aun en mejores condiciones, son un atentado al profundo espíritu de independencia y autonomía, inserto en el alma de nuestro pueblo. Y lo malo de los superbloques es que son unos inmensos barracones de concreto. Y al pintar en pincelada rápida la solución "barracas" envió mi saludo de admiración al pundonoroso y humanitario militar que en esfuerzo sobrehumano, entre dificultades sin número, es el padre de los centenares de familias de las barracas, y busca incansable solución adecuada.

El transplante al campo de las familias de los "sin techo" es otra de las soluciones en realización. El Trompillo, en las cercanías de Valencia, es la primera colonia de desplazados de Caracas. Aun a gentes muy expertas y "sociales" he oído preconizar la me-

dida, con falta de realismo y sobra de buena voluntad y simplismo. La inmensa mayoría de los "invasores de cerros" son gentes que no pueden prescindir de la ciudad, su "madre nutricia". En ella, de mil formas, ganan su arepa. Muchos de ellos fueron campesinos de origen, y aún conservan una "estructura mental y social campesina", pero no han trabajado nunca el campo, o no son ya capaces, física o psicológicamente, de hacerlo. Por otra parte, cualquier coacción al éxodo de la ciudad hacia el campo, dada la repugnancia, no desprovista de razón, que sienten a ello, convertiría la medida en un genocidio. Las noticias, aun cuando sean parciales, que nos llegan del Trompillo, ensombrecen aún el optimismo de los más idealistas. El Trompillo, o "Los Trompillos" no son solución, ni camino de solución.

Junto a la vecina población de Antimano, en una zona llamada de Las Adjuntas y Caricuao, está surgiendo, dirigida por las autoridades, una barriada obrera de ranchos que, según promesa, se convertirán pronto en casitas unifamiliares. Todavía hay terrenos aptos para la habitación humana y a precios asequibles en las cercanías de Caracas, y sé que hay proyectos de crear un cinturón de poblaciones obreras periféricas en Guarenas, Guatire, valles de El Tuy... Magnífica solución, si junto a ellas se va creando la Caracas industrial, y se abarata el transporte hacia los centros de trabajo. Los planes de largo alcance tienen el peligro de hacerse utópicos o ser en detrimento del pueblo que, sobre todo en nuestro medio, no tiene reservas económicas ni puede esperar.

En brochazo rápido quiero esbozar el dolor de más de un centenar de familias humildes, pero honradas, cobijadas en pensiones y hotelillos de dudosa reputación, en el centro de Caracas. Confiadas en mi palabra y en la seriedad de un compromiso firmado por personeros de la Gobernación aceptaron el abandonar los ranchos que construyeron en los días de la post-revolución y el vivir en dichas casas, la mayor parte de ellas tristemente explotadas por extranjeros. Hoy esperan impacientes que se les facilite una vivienda decente, cerca de Caracas.

Ahora que tiene que nacer una nueva Caracas conviene que se planifique bien. La geografía de la ciudad se presta a hacer de nuestros barrios obreros, ciudades-jardín, como tantos que hemos visto en Europa y Norteamérica. La anarquía en la urbanización estorba al bienestar común, aún más que a la estética. Y Caracas es una ciudad de delirante e ilógica anarquía urbanística.

Además de problema de la vivienda popular hay otros de extrema urgencia, muchos agravados después de la revolución. En la luna de miel de la democracia, se prometió tal vez demasiado, más de lo que se podía cumplir, y apenas se ha hecho nada. Una prensa alerta descubrió los manejos de los peculadores y explotadores del pueblo en los mercados, en el aprovisionamiento de carne, en los servicios públicos... El costo de la vida ha subido en vertical, y los salarios se han estacionado. El mercado está más caro que antes, y la democracia se muestra huraña amiga de las amas de casa. Sería triste que a la dictadura de una persona en los mercados sucediera la dictadura de una cuerdecita. Se prometió raspar del centro de la ciudad esa costra inmunda de innecesaria mendicidad y más innecesaria aún suciedad moral en los puestos de periódicos y revistas pornográficas. Y la mendicidad aumentó y zonas enteras del centro capitalino, de la Caracas histórica, son inoble kiosko de repulsiva pornografía. Y la plaga de prostíbulos en el corazón de Caracas, apesar de las fieras arremetidas verbales, sigue en vergonzoso auge. Ciertamente que se han clausurado o transformado en viviendas para humildes, provisionalmente, unos cuantos lenocinios, pero nos consta que se han abierto más, allí cerca. Y además como que la autoridad se está arrepintiéndose del gesto valiente y está claudicando ante la fuerza organizada del vicio. ¿Saben honestísimas familias caraqueñas, de la sociedad, para qué se emplean sus viejas casas coloniales? Todo ello, y mucho más que nos llamamos para no hacer obra de quintacolumnistas, crea un ambiente de inseguridad. Se está perdiendo la tranquilidad en el orden, y la desconfianza invade a nuestro pueblo.

La Carta Pastoral del Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas con ocasión del

1º de Mayo, apuntando ya a realizaciones concretas en el orden social, nos llena de esperanza. Encierra un bello programa y sabemos que el Gobierno la ha recibido con agrado, y que responde a un deseo de hacer rápidamente que existe de su parte.

Hay además una política decidida y sana de inmediata solución al problema angustioso del campo venezolano. Es algo que no admite demora. La solución al problema del rancho, tanto en el campo como en la ciudad, está ya en buenas manos, limpias y ejecutivas, y se va a crear un instituto de vivienda popular y rural para proceder, sin papeleo, pero con rapidez y técnica a la gigantesca tarea de reemplazar los centenares de miles de ranchos de Venezuela por viviendas sanas e higiénicas. Obra necesaria y capital en que deben aunarse los esfuerzos del Estado, la Iglesia y la iniciativa privada. La labor se está empezando ya en Cumaná, donde se van a sustituir la informe montonera de ranchos por seis mil viviendas unifamiliares o pequeños bloques. Y es labor que hacen en esfuerzo unido las Autoridades, la Iglesia y los particulares. También las riberas del Guárico, merced a

la iniciativa desinteresada del Sr. Obispo de Calabozo, se están poblando de limpias casitas campesinas, junto a las parcelas propias. Está en marcha una política de pequeños créditos, a los modestos agricultores. Los barrios obreros de nuestras ciudades se están transformando con asombrosa rapidez. Cloacas, agua, pavimentación, escalinatas... Sólo en Caracas hay unos 30.000 obreros trabajando en esa hermosa tarea. Y Barquisimeto empieza de nuevo a ser la ciudad de los Crepúsculos para todos. Esta es la hora de hacer, de acometer los problemas vitales de nuestro pueblo. El cuerpo inmenso de la Patria está plagado de llagas. Es fácil verlas y filosofar sobre ellas y sobre sus crueles autores.

Aunque todos tenemos parte de responsabilidad. Vayamos curando las llagas una a una. A este mundo subterráneo de rumores, de inquietud, de gompismo, que nos asfixia, debe responder un mundo de realizaciones prácticas. Al pesimismo, al mangareo irresponsable de los trabajadores, al juego interesado del mangoneo político hay que silenciarlo con obras. El pueblo creará de nuevo cuando vea "sus buenas obras". Ya a Juan Bimba le dan dentera las palabras doradas.

JAN MIGUEL GANUZA, S. J.

